

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
El testamento de Cocteau

Autor/es:
Molina Foix, Vicente

Citar como:
Molina Foix, V. (1990). El testamento de Cocteau. Nosferatu. Revista de cine.
(3):18-21.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40753>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

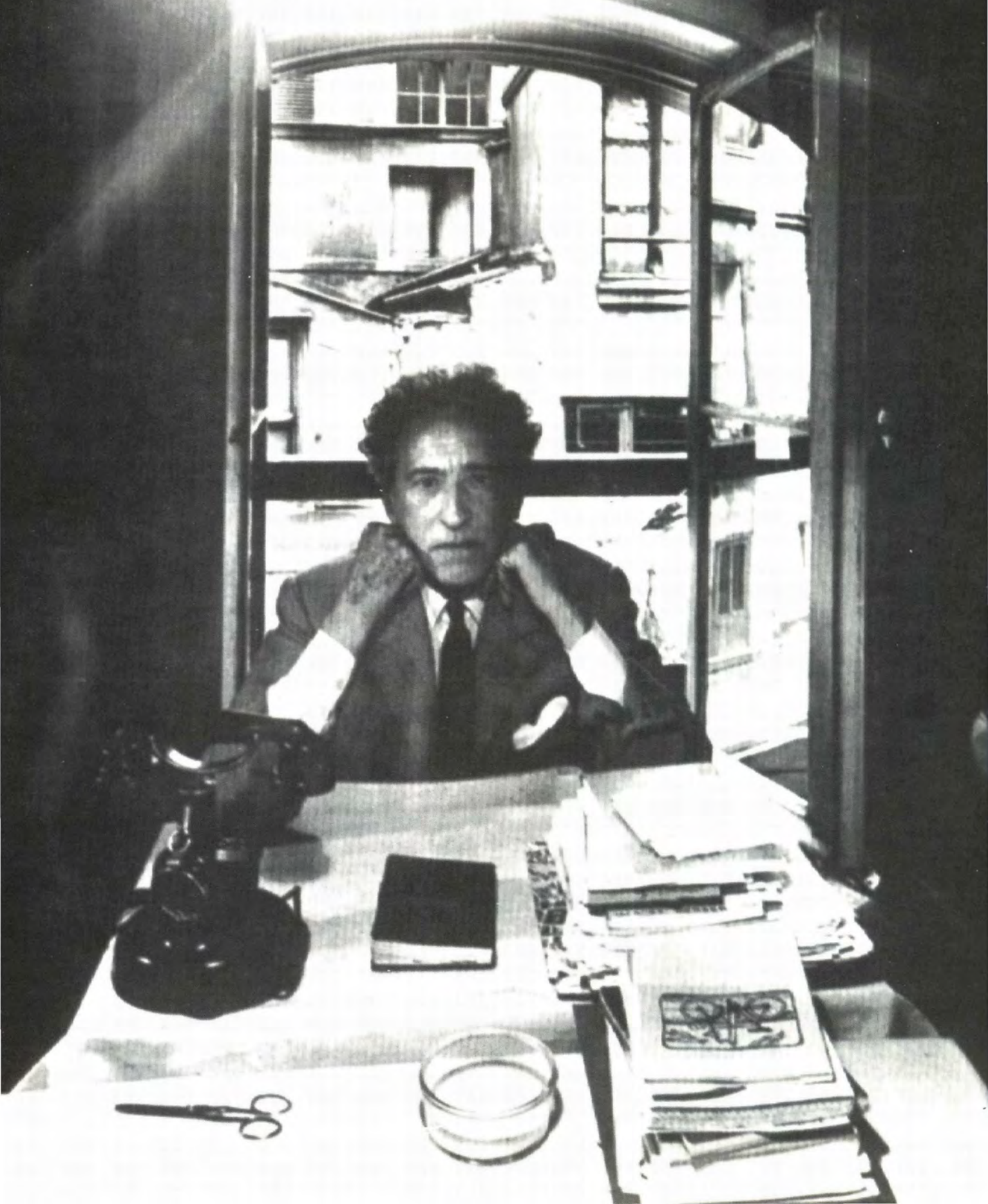
Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

El testamento de Cocteau

Vicente MOLINA FOIX



Hay quienes aún sostienen que el destino de Cocteau quedó sellado el día en que, siendo él muy joven, Diaghilev, el gran patrón de los Ballets Rusos, le dijo, tras conocerle: *"Etonne moi"*. Para estos observadores, entre los que se encuentran los falsos puristas del arte y de los géneros sin contaminar, que reprochan a Cocteau su versátil y proteica condición, el escritor se pasó el resto de sus días asombrando no sólo a Diaghilev sino a todos los públicos.

Aunque asombrar al común de los mortales no sea nada ocioso, y el arte, desde Licofrón a Lautreamont, desde Goya a Hitchcock, esté lleno de hábiles y geniales truquistas, yo prefiero cifrar la importante contribución de Cocteau al cine no en el fuego deslumbrante de sus piruetas, casi todas inolvidables, sino en el *método* que se contiene en dos de sus afirmaciones, verdaderas proclamas estéticas de quien, junto a realizador muy productivo, fue agudo desvelador de los específicos filmicos.

La primera cita la extraigo de un texto suyo de 1948, *"Poésie et films"*, y dice así: *"El cinematógrafo es un arma poderosa para obligar a los hombres a dormir de pie. La noche de las salas y la luz lunar de la pantalla son propicias para provocar la hipnosis colectiva gracias a la cual actúan los fakires de la India"*.



Decorado realizado por Jean Cocteau para la ópera *"Antigone"*, de Arthur Honegger y el mismo Cocteau, para la puesta en escena del Palais Garnier (1943).

La segunda, en dos partes, la extraigo de textos de Cocteau correspondientes a 1949 y 1961 (y hay que aclarar que la recopilación de sus escritos teóricos sobre el cine, *"Du cinématographe"*, aparecida en 1973 es, junto con el también interesantísimo conjunto de sus *"Entretiens sur le cinématographe"*, del mismo año, la prueba irrefutable de la seria e iluminadora aproximación del artista a ese oficio nada caprichosamente elegido). En el primero, *"L'amour de l'Art"*, leemos: *"Es lástima que el público pierda el sentido del ceremonial y las pompas. El teatro (...) ya no confronta a las multitudes con la zarza ardiente de las candilejas, la solemnidad de la cortina roja, los tres golpes y un silencio casi religioso. Todo el mundo llega tarde, pisotea, molesta a las filas de las personas sentadas, habla a la acomodadora, tose, escupe y, soñando sólo con su vehículo, se apresura a partir, cuando los actores, que han derrochado sus energías por él, le saludan"*.

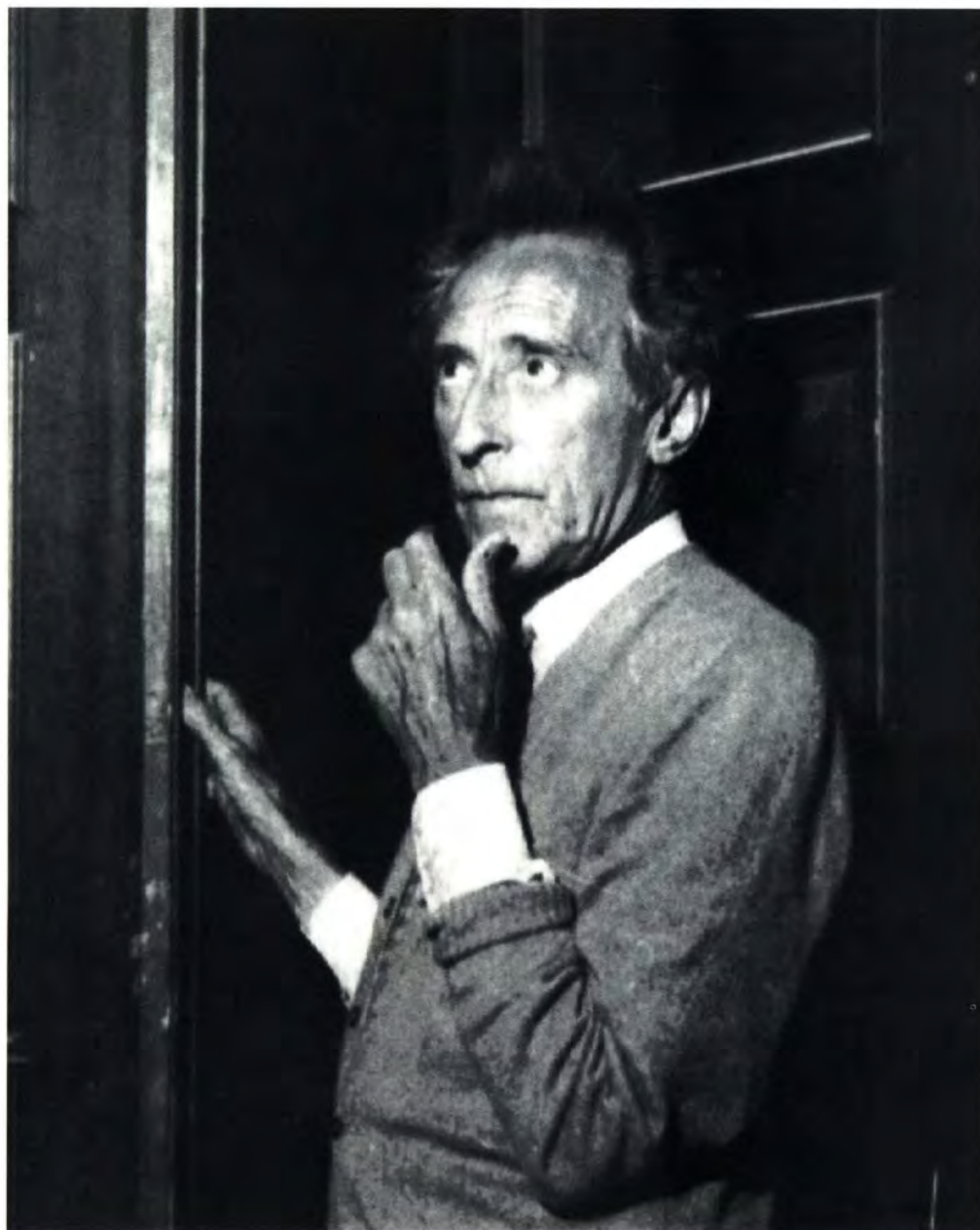
En estos dos fragmentos citados podemos constatar, dichas a la peculiar manera coctosiana, su comunión con una de las constantes de la vanguardia literaria y pictórica de los años 20 respecto al cine: la consideración del nuevo arte como reducto de los ilusionismos que la palabra escrita y la materialidad pictórica ya no podían dar, y su revalidación como depositario de esas pulsiones de lo sagrado, lo mágico y lo lúdico con la que fue saludado por Breton y Artaud, entre otros.



Cocteau con parte de su equipo técnico y artístico durante el rodaje de *Orfeo*

Pero quiero, para acabar, completar las citas con un texto de sus últimos años, en el que se comprueba la evolución de Cocteau desde esa primera consideración, tan propia de un momento histórico y una generación de lucha, del cine como *juquete* o caja de magia a otra más compleja, adulta y plenamente *expresiva*: “El cinematógrafo sólo tiene cincuenta años. Es muy joven para una musa. Aún da sus primeros pasos. A mi juicio está en camino de convertirse en el arte completo por excelencia; un teatro de las multitudes en el que no falta ni la música, ni la danza, ni la palabra, ni la máscara griega (el primer plano), ni los murmullos que cientos de oídos pueden entender, ni ninguno de los elementos que componen el drama”.

Es la misma evolución que encontramos en la filmografía de Cocteau, desde los juegos hipnóticos de **La sangre de un poeta** a la riqueza dramática de **El águila de dos cabezas** o los **Orfeos**.



Jean

Cocteau